

Ética intercultural y diálogo entre civilizaciones

Víctor R. Martín Fiorino*

La historia de los seres humanos puede ser vista desde la perspectiva del desarrollo progresivo, aunque no continuo, de dos líneas complementarias de capacidades. Por una parte, el desarrollo del conocimiento eficaz y transformador, necesario para el dominio de los elementos que amenazan la supervivencia. Por otra parte, el desarrollo del saber, que se apoya en el poder del conocimiento pero lo trasciende, es prudencial, permite la comprensión de los límites y de las diferencias, puede aprender de ellas y, en ese sentido, es valioso para la vida. Desde la aparición del homo sapiens, cuya inteligencia se vio estimulada en su desarrollo por las dificultades de adaptación a medios difíciles, la capacidad de dominio relativo ejercida a través del conocimiento permitió someter, en primer término, la naturaleza a los designios humanos mediante el establecimiento de la diferencia entre naturaleza y voluntad. En

segundo término, esa misma capacidad se abocó a someter la anarquía y las luchas sociales a través de las instituciones y el Estado, iniciándose así el inacabado proceso de someter las mentes y las conductas por medio de los mecanismos de la ideología, los sistemas morales rígidos, los diversos tipos de fundamentos y los prejuicios raciales, culturales o religiosos.

Las luchas por la supervivencia —política, cultural, religiosa— han exacerbado los elementos orientados a dar sentido a las acciones humanas desde un determinado “nosotros” —político, cultural, religioso—, negador, en nombre de la protección del grupo, de lo diferente considerado como amenaza. Pero “lo diferente” (cultural, político, religioso) se concreta en los diferentes, los seres humanos, quienes, en cuanto sean considerados



como obstáculo a dominar para la realización del proyecto de un determinado “nosotros”, son descalificados como interlocutores y, en consecuencia, desplazados de todo posible diálogo. Desaparece toda posibilidad de encuentro entre diferentes (culturas, civilizaciones, religiones) y se impone una cierta lógica de confrontación, fundada en la eliminación del diferente, o de “integración”, entendida ésta en su sentido negativo y reductivo, es decir, obligar al otro a “integrarse” a una totalidad (económica, ideológica o religiosa) considerada como “verdadera”, “superior”, “única”. La historia de América Latina ofrece abundantes ejemplos de esta lógica, uno de los cuales, aunque no el único, es el representado por el período colonial. También la historia de Europa en el siglo XX ofrece ejemplos cuya crueldad en el irrespeto a la alteridad ha marcado heridas profundas en la historia contemporánea, mostrando hasta qué punto el conocimiento del otro ha sido utilizado para su exterminio.

Las amenazas a la vida que en el mismo siglo XX se han hecho evidentes y en gran medida atribuibles a la actuación humana, como el hambre y la pobreza, el deterioro irreversible del ambiente, la intolerancia, el fanatismo y las guerras, están impulsando con nueva fuerza la intención de retomar la construcción colectiva, común, pero con responsabilidades personales, de un saber prudencial pero igualmente eficaz que se sirva del inmenso poder del conocimiento para ponerlo al servicio de la conciencia de los límites de la propia verdad y de la comprensión de las culturas diferentes, no sólo para respetarlas sino también para aprender de ellas y buscar, a través del diálogo intercultural, un aprendizaje capaz de contribuir a la convivencia en la diversidad. La ética intercultural, que ofrece elementos reflexivos, estratégicos y prácticos para la progresiva construcción de un tejido de valores compartidos, es uno de los puntos de partida para un proyecto de vida —y no solamente de supervivencia— común a todas las civilizaciones. Otros puntos de partida, todos ellos convergentes y complementarios, provienen de los encuentros de teólogos de diferentes credos que están proponiendo una ética mundial o los encuentros de diálogo entre culturas promovidos por la UNESCO.

La visión crítica del actual proceso de globalización, concentrado en el ámbito financiero, lo muestra como propulsor de visiones reductivas y homogeneizadoras que dejan de lado la riqueza de la diversidad cultural y se limitan a la globalización de los mercados. La globalización actual puede ser vista como un proceso de “occidentalización” del mundo y ello no puede ser considerado, en modo alguno, como

el espacio para un encuentro y diálogo entre culturas. Se ha propuesto el concepto de “mundialización”, entendido como más amplio que el de globalización, en la medida en que aquel recoge otros sistemas de intercambio y no sólo el del mercado, incluyendo una totalidad de sentido conformado por símbolos, valores y significados. Pero “mundo” remite siempre a una totalidad de sentido acotado culturalmente. Sería necesario hablar del encuentro entre múltiples “mundos”, no solamente el occidental europeo-norteamericano, no solamente islámico o el budista sino también el náhuatl, el maya o el quechua y otras múltiples unidades culturales que, en la era actual, están irremediablemente conectadas a través de herramientas tecnológicas que, además de ser útiles en cuanto proveen información necesaria para sobrevivir (comerciar, intercambiar, aprender), pueden ser también —y principalmente— valiosas para ampliar el sentido del “nosotros”. Más allá de un “nosotros” entendido como refugio a defender, significado que se ubica entre los más básicos y antiguos, aunque presente en el neotribalismo un “nosotros” fundado en la convivencia posible entre culturas y civilizaciones, en un proyecto en construcción que necesita del diálogo, de la tolerancia y del aprendizaje de la diferencia. En primer término, para sobrevivir (pues sin tales acuerdos, las amenazas para la vida son reales), pero principalmente para vivir y buscar vivir bien.

Desde la ética intercultural, desde *el otro* que no puede ser reducido a lo mismo y exige respeto a esa radical *alteridad*; desde la diferencia, que hace posible la comunicación (siempre basada en la convergencia de diferentes), desde lo que se pone en común, desde un nuevo sentido de comunidad (de origen, de vida, de destino) en la diversidad; desde un “nosotros” que nos incluye entre todo lo vivo, de lo cual somos intérpretes. Desde el diálogo, como régimen propio de la condición humana, diálogo para la vida entre la ciencia, la filosofía, el arte, la religión. Desde el autoconocimiento, la autovaloración y la autoafirmación para trascender la propia cultura y construir con los mejores aportes de cada una, un tejido vital común; desde allí es posible comprender y comprometerse en el diálogo entre civilizaciones.

Investigador, Universidad del Zulia
E-mail: martinflorino@yahoo.com

Bibliografía

- Bilbeny, N. (2003). *Ética Intercultural*. Madrid.
- Fornet-Betancourt, R. (2001). *El diálogo intercultural*. México.
- Martín, V. (2006). *Ética intercultural e integración latinoamericana*. Maracaibo.